

## Ediciones BISTAGNE

PUBLICA QUINCENALMENTE, LA MÁS SELECTA COLECCIÓN DE  
NOVELAS, TITULADA

### Biblioteca "Nuestro Corazón"

#### NÚMEROS PUBLICADOS

1 **La que se hizo amar**, por Marcel Proust — 2 **Nada se borra**, por Max Dervieux. — 3 **La esposa y la amiga**, por José Baeza Valero. — 4 **El hombre que no servía para nada**, por Jorge Clary — 5 **La falta del hombre**, por René Trotet de Bargis. — 6 **Mujeres...**, por Francisco-Mario Bistagne — 7 **Lecciones de la vida**, por Félix Léonnec. — 8 **La primavera reflorece**, por Michel Nour. — 9 **El señor Francisco**, por Francisco-Mario Bistagne. — 10 **Alas rotas**, por Andrés Bayón Belio.



En breve aparecerá el 11.º volumen

### A LA DERIVA...

### Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de  
buen texto y

su precio es el de UNA PESETA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 340

25 Cts.



EL PODER  
DE LA MUJER

POR  
Kathryn Perry,  
Ralph Graves  
Biblioteca  
de Catalunya

BEAUMONT, Harry

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRÁFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | PASADJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración | Teléfono A-4423

Año VII BARCELONA N.º 340



**El Poder de la Mujer**

(WOMANPOWER, 1926)

Sentimental novela

interpretada por Kathryn Perry, Ralph  
Grawes, Margaret Livingston, etc.

1 DAVID BUTLER

*or*

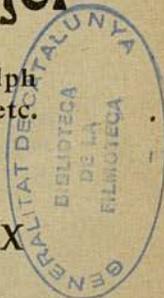
Producción WILLIAM FOX

EXCLUSIVA DE

**HISPANO FOXFILM, S.A.E.**

Valencia, 280 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de  
WERNER PITSCHAU



# El poder de la mujer

Argumento de la película

*Las sombras de bailarinas célebres cruzan las páginas de la historia dando relieve a un hombre o eclipsándole.*

En épocas remotas Lola Bellaire hubiera destruído un imperio con la facilidad con que en el presente destruía a un hombre. Bella, joven y sin corazón, vivía a su capricho no dando oídas más que a su gran egoísmo.

Sus éxitos como primera bailarina de un aristocrático restaurante nocturno le habían valido interesantes relaciones y numerosos obsequios de alto valor.

Entre los admiradores de la casquivana

se contaba Juan Bromley, que se había enamorado de ella con toda su alma.

Lola trataba desdeñosamente a Juan, y éste, que no era ciego, lo veía claro, pero como no hay nada más avasallador en la vida que la primera pasión de un joven y él sentía tal pasión por la tentadora mujer, se entregaba, más por necesidad de creer que confiado, a la esperanza de que más tarde o más temprano lograría ser correspondido en sus ansias amorosas.

Aquella mañana presentóse Juan en casa de Lola. Le abrió la puerta la doncella, mientras en su "boudoir" la bailarina daba los últimos toques a su "toilette".

—¿Está la señorita? — preguntó Juan sonriente.

—Voy a avisarla, señor.

La doncella informó a Lola de la llegada de Juan, y al poco aquella regresó junto a éste llevando un faldero en sus brazos.

Juan creía que la criadita iba a decirle que podía pasar a ver a Lola, pero pronto se convenció de su error, ocultando, no sin esfuerzo, la amargura que invadió su corazón.

—La señorita Lola está indispuesta y le suplica que saque a pasear a Fifi — le dijo la doncella, entregándole el perrillo.

Juan hízose cargo del faldero, y, obligando a sus labios a simular una sonrisa, salió de casa, acompañado hasta la puerta por la criada, la cual le miraba con tanta simpatía como compasión.

Antonio abandonó su ejército por Cleopatra; Nerón incendió a Roma por Popea... y Juan ¡sacó a pasear a Fifi!

No consideró el enamorado el calvario que iba a sufrir en la calle por llevar el perrito a paseo. Cuando aceptó el encargo de Lola no pensó sino en complacerla y pronto le pesó su debilidad, pues no hubo hombre ni mujer que al verle tirando de la cadenilla que sujetaba al faldero no se echara a reír más o menos abiertamente.

Tantas burlas tuvo que soportar que regresó al poco rato a casa de Lola, para restituirle el perrillo y decirle que en adelante lo sacara a pasear personalmente.

Estaba enojado y no podría refrenar su indignación.

Pero... ¡qué pusilánime se sintió al llegar frente a la enloquecedora mujer!

Su fuego interno se apagó súbitamente como bajo la inesperada lluvia de una ducha fría.

Lola, que se hallaba recostada en un diván, como una odalisca, exclamó al apa-

recer en el saloncito Juan y el faldero:

—¿Está mi preciosidad muy cansado del paseo?

Juan abrió los ojos con extraordinario



*¡Las cariñosas palabras no se dirigían a él sino al perro!...*

asombro vencido por la emoción y miró a Lola.

¡Oh, al fin le trataba cariñosamente, como él quería ser tratado!

¡Dulce Lola! ¡Mujer adorada!

Siguió avanzando, deseoso de estrechar contra su pecho al ídolo que le había quitado el sosiego, y fué entonces cuando recibió el más doloroso bofetón moral.

¡Las cariñosas palabras no se dirigían a él sino al perro, al que, contraviniendo a las más elementales ordenanzas de la higiene, la bailarina, tomándolo de los brazos de Juan, besuqueó como si fuese una caprichosa muñequita o un juguete digno de arrebatos infantiles!

Una nueva vacilación, un nuevo acceso de rebeldía se apoderó del ánimo de Juan. ¿Hasta cuándo duraría aquello? ¿Consentiría una vez más en ser tratado con tan denigrante indiferencia? ¡No! Su propia estimación le gritaba, impotente para otras heridas, que reaccionase contra el mal amor, la pasión funesta que lo dominaba atándole los pies y las manos... y la razón con las indestructibles argollas del aniquilamiento físico y moral.

Ajena a las graves consideraciones que su adorador se estaba haciendo, Lola abrumaba con caricias al faldero, el cual se las toleraba sin duda también por la razón de inferioridad comparativamente con ella.

Juan hizo un esfuerzo y pareció decidirse a hacer oír su voz, pero al ir a hacerlo

atragantóse y sólo consiguió exhalar una aguda lamentación...

—¿Por qué no me quieres tratar por lo menos igual que al perro?

Ella se replegó en el diván al ver que Juan adelantaba su rostro hacia el suyo, animado del afán de besarla, y como él insistiera en suplicar de modo elocuente una caricia no titubeó en apartarlo de su lado, diciéndole:

—Vete, Juanito... Tengo que decirle algo muy confidencial a Fifi.

El infeliz ahogó un rugido de protesta y obedeció sonriendo a la ingrata, pero su sonrisa, apagada, ficticia, revelaba la tragedia de su debilidad ante aquella poderosa influencia...

Unos segundos después Juan se hallaba en la calle y Lola, tendida cuan larga era en el diván, levantaba en el aire al perro, mortificándole más que otra cosa, atenta tan sólo a divertirse a sí misma; y no era de extrañar que lo que hacía con el faldero lo hiciera, más despiadadamente aún, con un incauto soñador como Juan,



Aquella noche Juan sostuvo una violenta disputa en su interior con la materia y el espíritu, la primera por el retorno del enamorado a Lola, y prohibiéndoselo el segundo; y éste fué vencido.

Sí; Juan no podía renunciar a Lola, y aquella noche fué a verla al lujoso restaurante donde hacía las delicias de la concurrencia más o menos selecta y más o menos dentro del código.

El infeliz muchacho ocupó solo una mesita a un lado del amplio salón, pero de modo que pudiera ver perfectamente a Lola cuando bailase en la pista y que ella pudiese verle.

Pidió una cena excelente, pero, desgana-do, no tocó casi a ninguno de los platos, limitándose, inconscientemente, a beber.

Y llegó a beber mucho, para olvidar la lucha que seguía librándose en su pecho, en su cerebro, en todo su ser.

¿Qué venenoso filtro le había dado la adorada coqueta? ¿Por qué no conseguía arrojarla de su pensamiento?

Todo empezaba a nublarse ante Juan por efecto de los vapores alcohólicos, pero cuando apareció Lola, con su pareja, su retina rompió los vélos que le restaban claridad y vió en todo su esplendor a la bailarina.

¡Oh, ella! Ya no se acordaba de sus desdenes, sino, pensando en que sólo es de interés el mañana, echaba al olvido el ayer y el hoy, entregándose a la esperanza de obtener plenamente en el futuro lo que no pudo conseguir hasta el presente.

Lola, tan interesante como bailarina que como mujer, pues era artista y era bella, encendía de continuo deseos...

Juan, aprovechando una de las figuras que Lola dibujaba con el bailarín frente a él, le hizo una seña invitándola a reunirse después, para cenar juntos.

Lola entendió sin dificultad a Juan, pero, enojada, ofendida, le respondió secamente con un movimiento de cabeza:

—¡No!

Era inútil seguir luchando. Lola no le querría nunca fielmente. Decididamente, debía alejarse de ella para siempre, olvi-

darla, pisotear su recuerdo como habían sido pisoteado sus sentimientos.

Y Juan siguió bebiendo; y cuando Lola hubo terminado su número de arte, desapareciendo hacia el piso superior donde se hallaban los cuartos de los artistas, sintió el deseo de entrevistarse con ella y pedirle una explicación de su conducta, la cual no era precisamente la misma de antes con él.

En efecto, el drama de Juan era tanto más doloroso cuanto que después de haber estrechado sin trabas contra su corazón a Lola ésta, sin otro motivo que su inconstancia y el placer de la variación, se apartaba de él como si no le hubiese conocido nunca íntimamente.

¡Qué tortura para Juan desear lo que ya tuvo y no poderlo lograr más!

El amor de esas caprichosas es como un súplo de aire en una mañana calurosa, como la caricia de la brisa: apenas pasa muere. Es un chispazo, y el hombre que lo recibe puede ver deshecha su vida si no tiene la serenidad y sensatez suficientes para sobreponerse al desengaño.

Antes que Juan llegó al cuarto de Lola un elegante caballero. Lola le recibió cariñosamente y el "gentleman", abrazándola, la besó en los labios.

Juan hizo su aparición en el camarín un poco después, sosteniéndose apenas en pie,



*Lola le recibió cariñosamente...*

y su amargura trocóse en cólera al encontrar a la infiel con otro galanteador.

Este y Lola le miraron desagradablemente sorprendidos,

¿Qué quería aquel importuno?

Juan, ofuscado, avanzó hacia Lola y le dijo:

—¿Esta es la razón de que ya no dispongas de tiempo para “mí”?

El caballero que a la sazón era el depositario favorito de los favores de la bailarina se acercó a Juan, interpúsose entre Lola y él, y le indicó la puerta.

Juan resistióse a marcharse, empeñado en alcanzar a Lola y echarle en cara todo lo que pensaba de ella; pero el caballero de turno le empujó hacia la salida, y al resistírsele, abusó de su superioridad física abofeteándole como si se divirtiese con un muñeco.

Juan, agotado física y moralmente, no se defendió; no pudo defenderse. Era un cuerpo sin nervios, un órgano muerto.

El caballero cesó su reparto de bofetones cuando su mano empezaba a resentirse de los golpes que daba, y Juan, al mirar, cuando su rostro recobró la posición normal, hacia Lola, vió a ésta reírse de él a carcajadas.

¡Qué horrible le pareció en aquel momento la irresistible sirena!

¡La maldita!

¡La perversa!

Asomóse a sus labios una maldición, pero au-

tes de que la pronunciara, el caballero, que no tenía de tal más que el nombre y éste era usurpado, arrojó brutalmente a Juan del cuarto de la artista, y por efecto de su estado el infeliz rodó aparatosamente por las escaleras hasta el salón-comedor.

Los concurrentes se alarmaron, acudieron varios empleados, y como todos vieron que Juan estaba mareado, celebraron los primeros su caída, sin consecuencias, con risas, mientras los segundos ponían de patitas en la calle al que aquella noche era indeseable en el restaurante, donde no se toleraban escándalos.

\*  
\*\*

A la mañana siguiente, Rodolfo Bromley, padre de Juan, enterado, con la consiguiente indignación, de lo ocurrido la víspera a su hijo, fué a despertarle. Estaba airado, y, quitándole el embozo, le gritó:

—¡Levántate y sal de esta casa! ¡Hasta aquí he llamado! ¡No quiero cobijar bajo mi techo a un “gallina”!

Juan, contrito y confuso, tampoco se defendió.

Su padre, despreciándole, añadió:

—¡El licor y las mujeres te han convertido en un cobarde y un perdido!

Nada, nada se le ocurrió a Juan decir a su padre para disculparse, y cuando quedó solo en su habitación colocóse ante el espejo y contemplóse en él con terror, avergonzándose de su falta de voluntad.

—¡Cobarde! — le dijo la copia del espejo. Sí, era un cobarde.

—¡Perdido! — añadió.

También lo era.

—¡Pusilánime! — terminó acusándole.

¡Sí, sí! ¡Era un ser despreciable! Pero en adelante sería otro. Su vida entera daría por su rehabilitación.

Sin perder tiempo hizo su maleta y partió hacia un pueblo tranquilo donde había la escuela de boxeo del famoso profesor Jacobo Killian.

Al llegar se detuvo junto a una cerca y admiró el panorama espléndido de la campiña.

Hasta allí no llegaban los ruidos de la ciudad. Todo era tranquilo, sano.

El ambiente le satisfizo.

Luego volvió la vista hacia el edificio y los campos de la escuela y vió a los alumnos haciendo ejercicios de gimnasia bajo las órdenes de Timoteo Dugan, director atlético de la institución, muchachote orgulloso de sus proezas de hombre fuerte.

Eso ero lo que le convenía a él: mucho ejercicio, para volver a ser el deportista que en un tiempo fué.

Avanzó hacia la casa y encontró a un hombre delgado y de cierta edad sentado al pie de las escaleras del instituto junto a un perro y un pato hembra, sus mejores amigos en aquellas tranquilas soledades.

Ese hombre era una especie de secretario del dueño del instituto. Llamábase "Aguilucho" y como historiador de boxeo no había quien le superase; por lo que recordaba con melancolía los tiempos en que los campeones luchaban por amor al arte y no por dinero.

Juan le preguntó:

—¿Podría usted indicarme dónde encontraré al señor Killian?

"Aguilucho" miró de arriba abajo a Juan y le respondió, señalándole el "ring" que se levantaba a pocos metros de ellos:

—Tenga cuidado... señorito, no le vaya a lastimar uno de esos brutos.

—Estoy dispuesto a resistir, si lo intentan —replicó Juan sonriente.

—¿Cómo se llama?

Juan había decidido no dar su verdadero nombre, para que nadie supiera quién era, y repuso:

—José Carter.

"Aguilucho" frunció el ceño y comentó:

—No conozco el nombre, pero creo haberle visto antes de ahora.

Luego, apoyándose en un bastón, pues era cojo, el compendio viviente de la historia pugilística acompañó a Juan al despacho del señor Killian, a quien dijo:

—Ahí viene un tipo que quiere que le estropeen la cara.

Killian hizo pasar adentro a Juan y le sometió a un breve interrogatorio, mientras "Aguilucho" volvía a su puesto pensando de dónde conocía a aquel José Carter.

Pronto se convenció Killian de que Juan no se llamaba José Carter, pues éste no pudo enseñarle los papeles que le acreditasen de tal, y, severo, le recriminó, haciéndole ya sentir el peso de la disciplina:

—No me interesan individuos que no vienen aquí sinceramente... Usted ha dado un nombre ficticio... pero quizá tenga razones para avergonzarse del propio. ¿Qué quiere?

Sin acobardarse, Juan respondió:

—Quiero recibir una tunda diaria durante tres meses.

Esta respuesta complació a Killian. La energía que Juan puso en ella demostraba su anhelo de rehabilitación.

—Está bien, Carter; en tres meses podemos

deshacer a un hombre, pero también podemos rehacerlo — díjole el profesor.

Y, dispuesto a obrar con rapidez, Killian llamó a "Aguilucho". Este acababa de confirmarse que ya había visto a Juan en otra parte, pues al desdoblar de nuevo el periódico que aquella mañana estuvo leyendo vió en la primera página el retrato de aquél y la noticia de que había sido echado de un restaurante de Nueva York por haber promovido escándalo. No se había olvidado el periodista encargado de aquella información de señalar su extrañeza ante el hecho de no haberse defendido Juan contra el caballero que le dió de bofetones por una mujer...

—Haga que "José Carter" luche tres "rounds" con Larry. Pero quiero que sean tres "rounds" con bastante acción—ordenó Killian a "Aguilucho".

Salió Juan, y "Aguilucho", que estuvo mirando a éste con desdén, dijo a Killian:

—Eso de que se llama Carter es mentira; es un embustero y además un gomoso...

Killian le interrumpió:

—Te equivocas, "Aguilucho"; cada cual tiene el derecho de llamarse como quiera, con tal que no se deje llamar cobarde.

—Bien, bien. Ya veremos lo que hace el niño ese...

Y "Aguilucho" se fué hacia el "ring", para que Juan luchase con el campeón de los boxeadores allí reunidos, el hábil Larry.

Poco después, vestido para la lucha, Juan subió al "ring" y acto seguido empezó el combate.

Larry pegó muy duro, pero Juan dió a su vez algún golpe muy bueno, y Killian, así como "Aguilucho", se mostraban verdaderamente sorprendidos ante el ardor de aquel joven que quería recibir una tunda diaria durante tres meses. Si se defendía tan bien habría que buscar los mejores profesionales para que le diéran las palizas que él quería recibir.

¡Ah, si ellos supieran exactamente de lo que se creía capaz Juan por rehabilitarse ante sí mismo! ¡Si ellos pudieran comprender la dosis de energías, de afán de vencer, que le daba la desesperante visión de Lola riéndose impiamente de él mientras el caballero de turno le abofeteaba sin compasión ni tregua!

Hasta el mismo Larry estaba maravillado de la entereza de aquel contrincante y le costó lo suyo derribarle por más allá de la cuenta, pues se levantó dos veces cuando el "knock-out" parecía inevitable.

Killian, admirado y un tanto emocionado,

comprendiendo algo de lo que le ocurría al muchacho, ordenó:

—Que le den una buena fricción. La ha ganado.

“Aguilucho” fué a ver al masajista y le transmitió el encargo, y cuando salió del gabinete Juan estaba molido de pies a cabeza, tenía la cara hinchada, una ceja abierta y tapada con una tirilla de tafetán y apenas se podía tener en pie.

El combate entre Larry y Juan había tenido en sus postrimerías un testigo femenino: la encantadora Livia Killian, una florecita de carne en aquel paraíso de la calma, y cada golpe que Larry daba al novato repercutía, no sabía por qué, en ella.

¿Por qué había ido allí Juan? ¿Qué interés tenía en ser boxeador, él, que parecía todo un gran señor?

Fueron pasando las horas y al llegar la de la cena todos los alumnos reuniéronse en el comedor del instituto.

A pesar de lo dolorido que estaba Juan no faltó. El renaciente coraje y el recuerdo de las carcajadas de una mujer — la perversa Lola — le sostuvieron durante el día.

Pero no tenía apetito. Sentado a la mesa ocupada por Dugan, “Aguilucho” y otro compañero, limitábase Juan a mojar sus la-

bios en la sopa, no pudiendo hacer más, ni hablar siquiera.

De pronto notóse un gran revuelo entre los hombres allí reunidos. El motivo del mismo no era otro que la aparición de Livia, que iba a reunirse con su tío, el señor Killian, a su mesa particular.

Juan levantóse al verla detenerse junto a su mesa, pero ella le hizo una seña para que se sentase de nuevo y dijo a “Aguilucho”:

—Aquí tiene otro libro, amigo mío. Sé que le gustará.

“Aguilucho” sonrió y agradeció la atención de la gentil muchacha, y unos a otros se miraron los boxeadores, comentando la bondad de aquella linda señorita, por la cual todos se batirían contra un millón de fieras.

Luego Livia fué a sentarse a la mesa de su tío, mirando repetidas veces a Juan, que, involuntariamente, turbóse al chocar sus miradas con las de ella.

Dugan y “Aguilucho”, que querían entrañablemente a Livia, observaron el interés que ésta demostraba por Juan, y al día siguiente cambiaron estas conversaciones:

—Supongo que estarás de nuevo celoso de Livia, ahora que hay un tipo nuevo en la escuela — dijo Dugan a “Aguilucho”.

—No digas tonterías... Livia no pierde el

tiempo con un afeminado — protestó el viejo.

En tanto los boxeadores corrían sin descanso por el campo, y Juan, que iba a la cola, tuvo que apoyarse en un árbol para reponer sus agotadas fuerzas, mas su intento fué inútil y cayó al suelo, ahogándose, faltándole la respiración.

Livia le había visto y acudió a socorrerle. Juan, en tierra, recordó de nuevo a la pérdida Lola riéndose, y al abrir los ojos y ver ante sí a Livia mirándole compasivamente, exclamó, dominado por la fiebre:

—¿Por qué no se ríe? ¡Ríase también!  
¡Búrlese de mí!

Pero Livia no se rió, sino que, acogiéndolo en sus brazos, le prodigó el consuelo de que tan necesitada estaba su alma.

Y Juan sintió, agradecido, el poder de la mujer buena, tierno y consolador, esa fuerza de dulzura que conforta al hombre y le inspira valor.

—No se moleste por mí: soy un débil, un pusilánime... un cobarde — gimió Juan.

Y ella, dulcemente, le contestó:

—Si usted fuera un cobarde no hubiese venido aquí.

\*  
\*\*

La fiesta en celebración del cumpleaños de Livia tuvo un éxito ruidoso.

Todos los alumnos, vestidos con sus mejores prendas, se reunieron en el saloncito de la casa y fueron obsequiados por la gentil festejada, a cuyo lado se hallaba Juan, fino y correcto y también fuerte como cualquiera de los demás alumnos.



... y fueron obsequiados por la gentil festejada...

Que Livia estaba enamorada de Juan no era un secreto, pero que Juan no se decidía a complacer el deseo del alma de Livia, declarándosele, tampoco lo era para Dugan y "Aguilucho".

Livia, escuchando la voz de su corazón, organizó un concurso en el que podrían tomar parte todos los boxeadores y cuyo premio sería un beso de sus labios.

La cosa no era fácil. Se trataba de deletrear palabras, escogiendo para ello, en primer lugar: Shakespeariano.

Los que no se consideraban aptos para el concurso salieron al jardín y los que se quedaron fracasaron, incluso "Aguilucho", el cual, si bien consultó el diccionario y se disponía a vencer se vió apurado al cambiarle Livia la palabra shakespeareano por Terpsícore.

Quedó solo en el saloncito Juan. Ella le dijo:

—Ahora le toca a usted. Vamos a ver: deletree... vaca.

Juan, bromeando, contestó:

—Baca.

Ella apresuróse a decir:

—¡Correcto; como en bacalao!

Lo que ella deseaba era ser besada y ser amada por él.

Salió al jardín, de donde desaparecieron

todos los boxeadores, para no estorbarles el beso, y Juan se le reunió.

Noche hermosa... noche de amorosos rumores ...

Juan iba a besarla pero recordó a Lola y reaccionó a tiempo...

Livia le contempló sorprendida. ¿No la besaba?

—Perdón, Livia... No merezco ese beso... No lo he ganado lealmente.

—¿Por qué dice usted eso, Carter?

—Tengo que fortalecerme más... tengo que estar seguro...

—¿Seguro de qué?

—De mí mismo.

Y Juan se alejó de ella.

Livia, llena de aflicción, rompió a llorar, y "Aguilucho", que sorprendió la anterior escena, oculto detrás de un árbol, le llevó el consuelo de su buena amistad.

—¿Por qué te enamoraste de ese tipo? ¿No sabes quién es y por qué está aquí?

—Sí; él mismo me lo ha contado todo.

—¡Ah! Y, a pesar de ello, ¿quieres casarte con él?

—No sé... No me ha pedido que me case con él.

—No llores más, mujer... Si él te quiere, volverá a ti...

Poco después, reunidos Dugan y "Aguilucho" en el dormitorio de ambos, los dos amigos se ocupaban de la felicidad de Livia.

—¡Qué vida del infierno! ¡Livia enamorada



—No llores más, mujer... Si él te quiere, volverá a ti...

de ese gomoso, después que nosotros le hemos buscado tantas proporciones! — dijo "Aguilucho".

—No te apures, hombre — respondió Dugan—. Si ella le quiere, lo tendrá ¡muerto o vivo!

—¡Eso! Tú lo has dicho. Y como padrinos de Livia haremos que el tipo la pretenda como si fuera un campeón mundial.

Desde el día siguiente los dos amigos buscaron todas las ocasiones para juntar a los dos jóvenes, y una de ellas consistió en decirle Dugan a Livia que Juan se había roto una pierna en el torrente.

Livia, espantada, revelando a todas luces su amor, corrió al torrente, y desde arriba vio al pie del caudal de agua a Juan pescando tranquilamente.

Pero ¿no le habían dicho que se había roto una pierna?

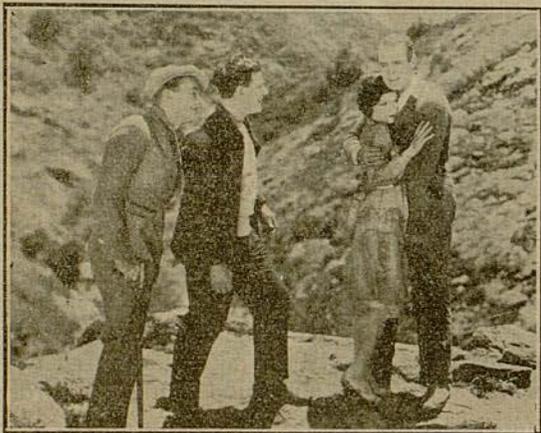
Le llamó alegremente, y al avanzar unos pasos, cedió una parte del terreno y la gentil muchacha cayó, no yendo al fondo y no matándose, gracias a que pudo asirse al borde de la roca partida.

Juan acudió a salvarla, pero a pesar de sus esfuerzos no logró izarla a la superficie, teniendo que pedir a gritos, desesperadamente, auxilio.

Dugan y "Aguilucho" le oyeron y gracias a que acudieron presto les salvaron, a ella de una muerte cierta, y a él de un agotamiento mortal.

Cuando Livia pisó tierra firme, los dos jóvenes, movidos por el mismo impulso se abra-

zaron apasionadamente; creyendo Livia que el peligro había realizado el milagro de su felicidad con Juan; pero se equivocaba...



*... se abrazaron apasionadamente...*

Sí, se equivocó ...porque Juan, después de haber besado a Livia, disculpóse de haberlo hecho y huyó, sin que se le volviera a ver aquel día...

Juan se había marchado a la ciudad, y "Aguilucho", enterado de ello y apiadado de Livia, que creía que Juan no se casaría nunca con ella porque era hijo de un hombre

rico, también se fué a la ciudad, y, sin titubeos, dirigióse a la regia mansión del señor Bromley, que ignoraba el paradero de su hijo y del que no quería oír hablar más.

"Aguilucho", que tenía su geniecito, desplegó ante el padre de Juan sus dotes diplomáticas y le convenció de que su hijo era todo un hombre y que Livia era la mujercita más buena del mundo y la única que podía hacer feliz a Juan.

El señor Bromley, padre al fin, no echó en saco roto esas excelentes indicaciones y aceptó ir personalmente a hablar con Killian, a quien resultó que conocía de tiempo.

Pero ¿dónde estaba Juan?

Se hallaba en la ciudad, sí, pero no para ir a ver a su padre, sino a Lola.

¿Era todavía más fuerte el amor insano de la bailarina que el amor ideal de Livia?

No. Todo lo contrario. Juan entrevistóse con Lola en el mismo cuarto donde un tiempo atrás recibió tan dura lección, y a las insinuaciones de reconciliación de ella respondió con el más absoluto desprecio.

Mientras le echaba en cara todo el odio que ella le inspiraba, apareció en el camarín el caballero de los bofetones que provocaron las horribles carcajadas. Y Juan, invirtiendo los papeles, abofeteó a su vez al "gentleman",



*... y a las insinuaciones de reconciliación de ella...*

que quedó viendo visiones ante la indignada bailarina.

¡Su venganza había sido completa!

Ahora ya era libre, y, poco después de su padre, llegó Juan al tranquilo pueblecito, donde, con la reconciliación con su progenitor, encon-

tró, definitivamente, la dicha en los brazos de Livia.

—¡ Amor mío, ahora sí que puedo decirte que te amo! — exclamó Juan, mirándola a los ojos—. Luz de mi vida gracias por haberme librado de las sombras que entenebrecían mi espíritu. Hoy soy fuerte y te amaré sobre todas las cosas.

Y poco tiempo después la simpática pareja subía al "ring" de los enamorados, para luchar hasta morir.

El primer "round" fué el matrimonio...

FIN

Próximo número:

La emocionante novela

**LA PRESA DEL VIENTO**

por Sandra Milowanoff

Mañana, en

**Los Grandes Films**

**EL CABALLERO DEL DESIERTO**

por Bárbara Bedford y Lewis Stone

Gran éxito, en las selectas Ediciones Especiales, de

**SANGRE Y ARENA**

por Rodolfo Valentino, Lila Lee, Nita Naldi, etc.

En preparación: AGUILAS TRIUNFANTES,  
por Rod La Rocque

**CHANG es el mejor libro de aventuras**

Exclusiva de venta para España:

Sociedad General Española de Librería, Diarios,  
Revistas y Publicaciones, S. A.

Barna.: Barará, 16-Madrid: Ferraz, 21-Irún: Ferrocarril, 20